



nes, ~~lápiz/por~~ en la certeza de que ellas ~~serán~~ le serán útiles para  
rememorar mejor esos detalles y porque ~~me~~ creo muy importante  
~~que~~ que siendo Ud. y yo los únicos testigos de la mayor parte de  
esa conversación, no dejemos a la historia versiones contradictorias  
sobre la misma.

Agradeciéndole una vez más la ~~iniciativa~~  
iniciativa que Ud. tomó en esa ocasión -que después de lo ocurrido,  
siempre me he alegrado de haberla aceptado- y su gentileza para  
intercambiar conmigo ~~sus~~ nuestros recuerdos sobre lo ocurrido y  
reiterándome a sus órdenes para cualquier nueva aclaración que Ud.  
juzgue necesaria o conveniente, lo saluda con filial respeto y afecto  
su amigo y servidor

*Pligres,*

www.archivopatricioaym.com





la aceptación y la entrevista, ~~me~~ los viví en un estado de verdadera angustia por la responsabilidad que había tomado.

El día ~~conv~~enido llegué exactamente a las nueve de la noche a casa del Cardenal y despaché a mi chofer con instrucciones de volver a buscarme a la una de la mañana, a fin de que no ~~se~~ advirtiera quién era el otro comensal. A los pocos momentos, el Cardenal recibió un llamado telefónico del Presidente anunciándole que se atrasaría un poco. Llegó alrededor de las diez y cuarto y su entrada, según después lo supe, se rodeó de las precauciones necesarias para que nadie se diera cuenta.

Al saludar, el Presidente se excusó por su tardanza, explicando que se debía a un problema suscitado con el General Ruiz, Ministro de Obras Públicas y Transportes. ~~Sus palabras fueron como de~~ Relató los hechos como algo sorpresivo e insólito, más o menos en los siguientes términos: "¡Las cosas que ocurren! El General Ruiz me acaba de renunciar al Ministerio, pero pretendía conservar su cargo de Comandante en Jefe de la Fuerza ~~Armada~~ Aérea. Naturalmente, yo le he exigido que ~~me~~ también lo deje".

Recuerdo haberle expresado, de inmediato: "Presidente ¿que cosa quería que hiciera el General Ruiz? No tenía otro camino digno... Un Comandante en Jefe de la FACH designado Ministro de Transportes en medio de un conflicto del ramo, al que el Gobierno ~~me~~ le da los instrumentos para solucionar ese conflicto, no puede decorosamente hacer otra cosa que irse. Lo que me asombra es que no lo hubiere hecho antes". Frente a un planteamiento tan rudo, Allende no pareció molestarse, sino que socarronamente me expresó: "No vé que Ud. no sabe". Y ~~me~~ agregó que al constituirse el Ministerio, él había ofrecido a Ruiz ~~el~~ la Cartera de Minería y no la de Obras Públicas y Transpor-



tes; pero que Ruiz no la aceptó cuando supo que en el orden de prelación de los Ministerios quedaría por debajo del Director General de Carabineros que ocuparía el Ministerio de Minería, por lo que insistió en asumir el de Obras Públicas y Transportes. "Yo le advertí los problemas que tendría -terminó diciéndome Allende-; en consecuencia, Ud. está equivocado y habla de lo que ignora".

Esta salida del Presidente me pareció sugestiva, porque en vez de contestar mi pregunta, supuso en mis palabras a la intención de atribuirle haber nombrado a Ruiz deliberadamente en ~~ese~~ ese Ministerio para que fracasara, cosa que yo no había ~~dicho~~ siquiera insinuado. Pero esto me hizo pensar que talvez era eso precisamente lo ocurrido y que el Presidente se ponía el parche antes de la herida.

La conversación se prolongó sobre este tópico, explicando ~~Alé~~ Allende por qué había tenido que exigirle a Ruiz que, en vista de su negativa a permanecer en el Ministerio, debía dejar también la Comandancia de la Fuerza Aérea, a lo que Ruiz se había resistido largamente. "Pero -agregó ufano, sacando del bolsillo derecho del vestón un papel- Yaquí tengo la renuncia a ambos cargos". Y luego lo volvió a guardar, golpeándose el bolsillo con manifiesta satisfacción, como queriendo decir: quien manda soy yo; una vez más, he ganado la pelea.

Mientras conversábamos, el sr. Cardenal sirvió un aperitivo, que Allende alabó con entusiasmo, lo mismo que elogió la modesta pero acogedora casa del Prelado, quien luego nos invitó a pasar al comedor.

En la comida, aparte del Cardenal, el Presidente y yo, estaba presente el Secretario de Su Eminencia, presbítero Luis Antonio Díaz. Fué una comida sencilla, como las que habitualmente se sirven en



casa de don Raul, en la que se empezó conversando de cosas triviales.

Luego el Presidente habló de ~~xxxxx~~ sus esfuerzos para cumplir su programa de gobierno y de las muchas dificultades que tenía. A mi me pareció que debía sincerarme expresándole francamente mi pensamiento respecto a su responsabilidad de gobernante. ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ Luego de destacar la gravedad del momento, le dije más o menos textualmente lo que sigue: "Ud., Presidente, puede pasar a la historia con dos imágenes: una, la del hombre que ofreció construir en Chile el socialismo en democracia y que, al cabo de tres años, no ha construido el socialismo, ha destruido la democracia, ha arruinado la economía nacional y ha puesto en riesgo la seguridad del país. La otra, la de un hombre cuyo gobierno marque un hito en la historia de Chile, de tal manera que se diga: antes de Allende y después de Allende. Pero para que ocurra esto último, Ud. tiene que definirse, tiene que tomar una decisión política. Hasta ahora, ha hecho la parte sucia de su gobierno: ha destruido las estructuras capitalistas de la sociedad chilena, pero no ha construido nuevas estructuras. Esto exige consolidar el proceso, institucionalizarlo en las formas jurídicas y económicas de organización de la nueva sociedad. Hay que poner orden en el caos existente en el país. Hoy en Chile nadie trabaja, Presidente; ~~f/e~~ los partidarios del gobierno tiran cada uno para su lado y mantienen un clima de constante agitación. ¡Ud. tiene que escoger, tiene que elegir! El drama de un gobernante, como el de todo ser humano, es tener constantemente que elegir. No se puede estar al mismo tiempo bien con Dios y con el diablo. Ud. no puede estar al mismo tiempo bien con Altamirano y con la Marina. Ud. no puede estar al mismo tiempo bien con el MIR y pretender estarlo



con nosotros. Hasta ahora, Ud, parece querer conciliar lo inconciliabile y, con su capacidad de persuasión y admirable habilidad, cree ir superando los obstáculos; pero eso es solo transitorio; para lograr soluciones reales, tiene que definirse!"

El Presidente escuchó mis palabras -talvez demasiado largas y que a mi me parecieron muy francas y duras- en absoluto silencio y procurando demostrar buena disposición. No pude captar qué impresión le hacían; pero me pareció que no le produjeron mayor impacto, puesto que no reaccionó ante ellas como esperaba. Más bien, procuró eludir el problema de fondo que yo le planteaba, manifestó su acuerdo en la necesidad de institucionalizar el proceso de cambios y de que la gente trabajara y se tomó de esto para enjuiciar duramente a la burocracia y formular algunas críticas a sus propios asesores sobre las fallas de la política económica. Aparentemente, trató de demostrarme que él estaba mejor informado que nadie de los problemas que tenía pendientes y que no era yo, persona extraña al gobierno, quien podría darle lecciones sobre el particular.

Al insistir por mi parte en que sus buenos propósitos y palabras no se conciliaban con los hechos, expresé solemnemente, como para demostrarme que él cumplía sus promesas y dirigiéndose al Cardenal: "Señor Cardenal, señor Senador, señor Secretario: yo he prometido que no tocaría a la Iglesia ni con el pétalo de una rosa. Digan si no es verdad que yo he cumplido". A lo que el Cardenal con-



testó agradeciéndole su actitud para con la Iglesia, siempre respetuosa y comprensiva; "pero -le agregé- debo manifiestarle que los mandos medios no siempre han cumplido". El Presidente replicó de inmediato: "¿Y sus mandos medios? ¿Qué me dice Ssr. Cardenal?", salida que provocó la hilaridad de los presentes.

Terminada la comida, el Secretario del Cardenal se retiró y éste último nos invitó nuevamente ~~al/éste~~ a su escritorio, donde continuamos a conversación. Mientras el dueño de casa ofrecía un whisky, Allende, en un gesto muy característico suyo, hizo un comentario de satisfacción, diciendo algo así como lo siguiente: "Esto es Chile; ~~Esto/no/ocurre/en/ningún/otro/país/del~~ el Presidente de la República, masón y marxista, se reúne con el jefe de la oposición en casa del Cardenal. Esto no ocurre en ningún otro país".

Como Allende no entrara en materia y más bien parecía desear una charla ligera de sobremesa, volví a la carga expresándole nuestra convicción de que el régimen marchaba directamente hacia la dictadura del proletariado, por la acción de los grupos armados y del llamado "poder popular" que sobrepasaba al poder institucional, cosa que nosotros no podíamos aceptar. El Presidente de la República, mirándome derechamente y golpeándose una pierna, me dijo en forma enfática: "Mientras yo sea Presidente de Chile, no habrá dictadura del proletariado".

Recuerdo que tuve en la punta de la lengua una réplica mordaz: "mejore la garantía, Presidente"; pero advertí a tiempo que habría sido una grosera impertinencia y me contuve. El Presidente sin duda se dió cuenta, porque me dijo en tono quejoso: "Ud. no me cree. Yo le creo a Ud. y Ud. no me cree a mi". A lo que yo no pude dejar





bar al gobierno. Yo le sostuve que ~~por~~ según nuestras informaciones no eran ni lo uno ni lo otro, sino simplemente obreros, y que el Ministro Briones, designado árbitro para resolver sobre los despidos, había resuelto hacía varios días que todos debían ser reintegrados a sus labores, pero que ese fallo no se cumplía. Allende me ~~inmediatamente~~ expresó su disposición de ordenar al día siguiente el inmediato reintegro de todos los que no fueran de Patria y Libertad, pero que no podía hacer lo mismo con los facistas del sr. Vilarín, respecto de quien ~~inmediatamente~~ se expresó en términos muy duros y despectivos. Ante mi insistencia en que se cumplieran las decisiones del Ministro Briones, me prometió ocuparse del asunto.

Sobre los grupos armados, me dijo que los peores eran los de extrema izquierda y de Patria y Libertad, pero que el Gobierno estaba haciendo cumplir la ley por parejo, para lo cual las Fuerzas Armadas estaban ejerciendo sus atribuciones.

En cuanto al asunto de la Papelera, le hice ver la necesidad de que se fijaran precios justos a fin de evitar la quiebra de la empresa; le aseguré que yo no tenía con ésta ninguna vinculación, ni defendía ningún interés particular alguno, pero que creía que al defender su existencia, defendía la libertad de información escrita en el país. El Presidente quiso volver sobre la idea de una Comisión Nacional de Distribución del Papel, pero le expresé que en ese momento dicha fórmula no satisfacía el requerimiento de la opinión pública, la que veía en la subsistencia de la Papelera la única garantía efectiva de mantención de la libertad de prensa. Ante este argumento, me propuse que yo designara una persona que, conjuntamente con otra que designaría él, hicieran un estudio técnico sobre los costos del papel, ~~que el Gobierno~~ y que el Go-



